

EL VIAJERO Y LOS PAISAJES. (Buenos Aires, 1334).—UN COLOQUIO SOBRE VICTORIA OCAMPO. (B. A. 1934) por *Marcos Victoria*.

Pocos son, al decir de Marcos Victoria, los que consideran la vida como un espectáculo. Seguramente tiene razón al afirmarlo. Y más razón al proponerse (por sentirlo así, antes de proponérselo), considerarse como un viajero en la vida, inquieto, con mal asiento. Para en esta inquietud tomar el trampolín que le haga saltar y ver el espectáculo desde las alturas, en momentos rápidos. Por un contradictorio casual, el autor de este libro, es en sí mismo un espectáculo y desde el centro de éste, atleta, saltarín o equilibrista, siempre ágil, eso sí, mira al público y a la decoración, al hombre y al paisaje. Los que se creen cómodamente situados para ver, para mirar, por haber pagado su asiento, son en este caso los que forman el espectáculo y el que se cree, o se sabe, dando un salto más o menos mortal de trapecio a trapecio (de Música a Literatura, de Poesía a Pintura), es el verdadero espectador, el único espectador, como ya hubo otros, por ejemplo Macaulay y Ortega y Gasset, salvando tres distancias en otro inevitable salto, más mortal, si cabe, que los anteriores.

Ensayos, no hay otra palabra por ahora, son los que forman este libro, «El Viajero y los Paisajes», liviano en su acierto, fácil en su actitud y aptitud, interesante y más que nada, original en los puntos de vista. No trata Marcos Victoria de coger temas nuevos, ni de atrapar por los pelos un falso sentido de originalidad. No. Mira y remira, de un momento a otro, a Goethe, a Lamartine, a Honneger, a Stravinski, a Girondo y a Mallea. En algunos—los dos últimos, por ejemplo—la visión es, forzosa, felizmente, nueva en su totalidad. En los anteriores, Marcos Victoria sabe enfocar desde el lugar más conveniente para tomar un nuevo retrato. Ya estaban vistos de frente, de perfil, de medio lado. No importaba. Había un punto más, un enfoque

distinto y desde ahí los contempla el escritor, alegre de su descubrimiento; y pensando, con certeza, que aun quedan otros ángulos—para él o para otros—desde donde se puedan mirar y retratar estos personajes. ¿Quién había sacado de «Ifigenia en Táuride», esos escorzos que hablan de cinema, y se desvían, sin que se note a primera vista la torcedura, hacia Marcel Achard, el de «Jean de la Lune» y hacia el otro Marcel, el de «Topaze», el meridional chusco?...

Puntos certeros de este libro, son como ningunos los que se refieren a música. La crítica musical (ya sé que no es eso, pero vamos adelante), tiene en Marcos Victoria un intérprete enviadiblemente original. Su párrafo sobre Honneger y aquellas palabras postrimeras, o casi penúltimas, de Claude Debussy, tienen una importancia. Doble. Por razones de actualidad, muchísima, puesto que nadie pensaría en Offenbach, tomándole en serio, hace unos diez años. Y ahora, después y de «La Vie Parisienne» y de «La Duquesa de Gerolstein», se admite que se hable de aquel patilludo con lentes que se decía—él mismo—un jugador de la música, un jugueteador, sería más propio en español. En otros capítulos, cuando se roza o se choca con la Música, Marcos Victoria sabe bien lo que está diciendo y tiene el paisaje bien cogido en sus ojos. En la memoria de sus oídos. ¿Acaso lo que no se refiere a música—preguntará alguno—no vale la pena, en este libro?... Sí, la vale. Sobre todo, si se atiende a la relación del título con la obra. Porque paisajes—interiores o exteriores—como los que se trazan al hablar de Lamartine, o en las «Reflexiones en Suiza» son de los que se quedan grabados. A lo mejor, como se quedan grabados en otro orden de cosas, los paisajes del aduanero Rousseau.

* * *

Dora Lewes, una señora que inspiró a poetas jóvenes, antaño y que ahora dice «boutades» a los que le besan la mano:

«Si quiere besarme, bésame en la boca». El profesor J., que vuelve de Francia emborrizado en citas. La señora de S. La bella Adriana. Delio, el poeta. Y varias Sombras. Estos son los personajes del «Coloquio sobre Victoria Ocampo». No se puede negar, ni mucho menos, que Victoria Ocampo merezca un coloquio. Los habrá merecido, y tantos, sin imprimir, que éste que llega impreso (y bien impreso, por cierto) no llega a causar extrañeza, ni a parecer desproporcionado.

Desde que leí «De Francesca a Beatrice» comprendí lo que era y es Victoria Ocampo. Una gran mujer. Después, de oídas, de escritores y poetas que la habían visto, que habían dialogado con ella, que llevaban hasta la otra banda del mar, al pie del Guadarrama el recuerdo de Victoria Ocampo, me convencí de que el juicio que de ella había hecho, no había más que repetirlo, doblándolo: Una gran mujer, en cualquier sentido de la palabra. Al leer este coloquio, ¡qué bien veo a los conversadores, qué bien veo a esos que hablan, a pesar de tan perfectamente argentinos como son, transplantados a otra parte, si allí hubiera una Victoria Ocampo, que generalmente no la hay! Que si *snob*, que si esclava de la moda, que si patatín, que si patatán. (Esto hay que escribirlo así; de otra manera no suena). Después de aquel libro, otras muestras de la prosa, de la crónica artística, incansable, atenta a todo, que va elaborando Victoria Ocampo constantemente, me hicieron notar, más que una admiración, que ya la tenía y se basaba, un notar la falta de Victoria Ocampo en otros ambientes.

¡Diablos! La falta que hace esta mujer en estos clubes, en estas reuniones femeninas, en estas ágoras con corsé, en estas conferencias a las que, después de marearle a uno para que la dé, durante varios meses, le envían en pago y premio una maceta con un cactus! No conozco personalmente el diálogo de Victoria Ocampo. Y hablo de «personalmente» porque este coloquio se desarrolla entre conocimientos personales. Pero creo, casi a ciencia cierta, que con unas cuatro Victorias Ocampos distribuidas por Sudamérica, otro gallo cantaría en cuestiones de actividad

femenina-literaria-artística. Claro está que de existir esas cuantas Victorias, no se llamarían así las cuestiones, ni tendríamos que resistir versos tropicales a troche y moche. Porque, necesario es decirlo de una vez, aunque me destierren, la literatura femenina sudamericana tiene, fuera de Victoria Ocampo y de dos o tres mujeres más, que excluyo, un son de danza en bosque... en bosque pintado por Moragas y Alarma, con fuentes de chorro de cartón, donde las faunalias parecen pintadas por la criada de Gerome. Y cuando se habla de Victoria Ocampo, americana, hay que descubrirse y reconocer que se merece, y bien merecido, un coloquio como el de Marcos Victoria.

Si alguien se indigna, que se fastidie. La cuestión es decir la verdad, tal y como la siente uno. Este coloquio me ha dado buenos motivos para desembuchar. Y perdón, señoras mías, por eso del buche.—J. M. S. ↓